

México en Honolulu

Por Stefan Baciú

El rótulo de la entrada al museo, a pocas cuadras del centro comercial de Honolulu, anuncia, no sin cierta humildad: "Retratos, por Jean Charlot".

Pero qué sorpresa, al visitar las tres aulas, donde la noche del "vernissage" se reunió lo que suele llamarse una "pequeña multitud" de artistas, amantes y "fieles" de la obra de Jean Charlot. La muestra presenta casi un centenar de retratos, en su mayor parte, pertenecientes a la colección privada de Zohmah, la viuda del pintor. Cerca de cuarenta de ellos, son gente del México de los años 20 y 30; es decir, concerniente a la década del Movimiento Muralista y del Estridentismo, pronunciamientos que el autor ilustró y sirvió con fidelidad ejemplar y vocación auténtica, haciendo gala de un arte que (se puede constatar claramente), después de más de medio siglo, habla y resiste.

Están allí, frente a nosotros, no sólo los "tres grandes" del Muralismo - (y qué tal Carlos Mérida, y el propio Jean Charlot, y Ramón Alva de la Canal, preguntamos una vez más hic et nunc) sino Mona Salas y Nahui Olin, Tina Modotti y Anita Brenner, Lupe Marín e Ignacio Asúnsolo, Germán List Arzubide y, por supuesto, Lupe: modelo tan típico y fiel de Charlot; asimismo rostros de la multitud, campesinos, y un "hombre con bigote"... En fin, una genuina fiesta mexicana en el más duradero y artístico sentido de la palabra. Tampoco está ausente el admirable (y poco conocido) retrato de Serguei Eisenstein, realizado en la ciudad de México.

Retratos al óleo y a lápiz, y también grabados en madera, que Jean Charlot tallaba con una maestría inimitable... La exposición honolulense en un viejo caserón situado frente a la "Thomas Square" es una pauta de mexicanidad a través de los rostros dibujados o pintados por un

francés de París, que por el lado de su abuelo tenía también sangre mexicana.

Al admirar y mirar los cuadros ya enmarcados, no pude abstenerme de rememorar nuestras charlas, que se prolongaron por más de una década, en el taller de Charlot, bajo el silencio de su jardín en el barrio Kahala, cuando, al enseñarme los expuestos como un todo, comentaba cada uno de ellos con una anécdota, un recuerdo, o una exclamación, en la cual, a veces, no faltaba la chispa de gala irónica, tan característica del humor de este franco-mexicano.

Me acuerdo de la evocación de Nacho Asúnsolo, quien solía disparar la pistola para mostrar su desacuerdo o disgusto, como también recuerdo la anécdota que como mar de fondo aparece detrás del retrato de un hombre tocando la guitarra. Se hallaba Charlot en compañía de su cuate Siqueiros en el estudio de este último, cuando, de súbito, entró en la habitación un hombre con una guitarra, a quien ambos habían conocido vagamente en alguna tertulia.

El hombre se sentó y comenzó a tocar la guitarra... Lo hacía bien pero tocaba y tocaba sin parar, y no daba señas de marcharse... Cuando Siqueiros le preguntó quihubo, el hombre contestó, nada más, que abajo, frente a la casa, había "un muertito" y que la policía buscaba al culpable. En ese preciso momento, el guitarrista hizo un guiño, que Charlot retuvo magistralmente en el retrato.

El aire transparente de la ciudad de México ella época, traído a la memoria en compañía de Carlos Mérida y Alfredo Zalce, está presente en la capital de Hawái. Al salir de la galería tiene uno la impresión de encontrarse en el Zócalo, o en una de las calles que conducen al Café de Nadie, donde nos esperan el Doctor Gallardo y Arqueles Vela.

LA ESTRELLA DE PANAMA
DOMINGO, 21 DE ABRIL DE 1985

Antonio Beaufort
Barcelon, S.A. Boyd